



Capítulo 289 - La criada cachonda

Uno a uno, comenzaron a vestirse. Telas deslizándose sobre la piel desnuda, risas ahogadas, miradas cómplices.

Vergil se sentó en el borde de la cama, con los codos apoyados en las rodillas, observando. Pero no era una chica cualquiera. Tenía la mirada fija en Zex.

Temblaba levemente, con movimientos vacilantes, mientras levantaba unas bragas negras de encaje. La prenda parecía demasiado pequeña para ocultar algo, y la forma en que se la puso, intentando cubrir lo máximo y lo mínimo posible al mismo tiempo, revelaba lo desconectada que estaba de su entorno.

Estaba visiblemente incómoda. Tenía las mejillas sonrojadas, la respiración agitada y evitaba mirarlo a los ojos a toda costa.

Entonces un par de calzoncillos volaron en su dirección.

—¿No vienes? —preguntó Zafiro, ya vestido, arreglándose el cuello de la camisa enorme que claramente era suya.

Vergil atrapó la prenda en el aire, sin apartar la mirada de Zex.

"Ya voy", respondió con una sonrisa. "Espérame abajo. Antes de hablar con Kaguya y ese tal Alex, necesito un momento".

Zafiro lo observó un momento. Lo sabía. Una sonrisa perezosa se dibujó en sus labios.





"Está bien. No tardes."

Salió sin prisa, balanceando suavemente las caderas como si dejara perfume en el aire con cada paso.

Uno por uno, todos abandonaron la habitación, algunos con risas ahogadas, otros simplemente lanzando una última mirada curiosa a Vergil y Zex.

Al final sólo quedaron dos.

Iridia, ya parcialmente vestida, pareció dudar, como si no quisiera dejar solo a Zex. Pero antes de que pudiera decir nada, Vergil habló en voz baja y controlada.

"Iridia... ¿podrías traerme algo de ropa abajo, por favor?"

Ella lo miró, luego a Zex, y luego a él otra vez. Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios.

"Por supuesto", respondió ella suavemente y se fue, cerrando la puerta con un clic casi inaudible.

Ahora todo lo que quedaba era él... y Zex.

Se había puesto las bragas, pero aún sujetaba el sujetador contra el pecho como una armadura. Le temblaban ligeramente las manos.

El silencio se instaló durante unos segundos, tenso, casi magnético.





Vergil se levantó lentamente, bajándose la ropa interior hasta las caderas con la calma de quien sabe que cada movimiento es observado. Se acercó a la ventana, entreabrió la cortina y dejó entrar la suave luz del amanecer. Luego se giró hacia ella.

"Zex."

Ella presionó su sujetador contra su cuerpo, con los ojos muy abiertos.

"¿Sí?" respondió con un hilo de voz.

Caminó hasta el borde de la cama y volvió a sentarse, ahora más cerca de ella.

"¿Qué hiciste durante la noche?" preguntó Vergil con una sonrisa tranquila pero inquisitiva.

Zex se mordió el labio inferior, dudando. Sus ojos se apartaron de los suyos por unos segundos, llenos de conflicto, vergüenza y cierto pánico interior. Por un instante, pareció que iba a negarlo, a inventar una excusa o a salir corriendo.

Pero entonces... se desabrochó el sujetador con un profundo suspiro, dejándolo caer suavemente al suelo junto a la cama. Respiró hondo, como si estuviera a punto de confesar un crimen.

"Fue un accidente...", murmuró, casi inaudiblemente. "Lo siento..."

Vergil siguió observando. La intensa mirada de antes se suavizó, pero no perdió profundidad. Había algo allí... una curiosidad que no podía ignorar.





—Dime qué hiciste —insistió, más tranquilo ahora, pero todavía queriendo entender exactamente.

Zex tragó saliva, sus dedos jugueteando nerviosamente con el dobladillo de su camisa. Su cara estaba completamente roja.

"B-bueno..." empezó, con una sonrisa torcida y los ojos evitando los suyos, "yo... me muevo mucho cuando duermo... así que en cierto modo... terminé..."

"¿Terminaste...?" Vergil ladeó ligeramente la cabeza, su tono era más grave, alargando cada palabra. Quería que ella lo dijera todo.

Ella se mordió el labio con más fuerza.

"Dormí con la boca abierta...", dijo en voz baja, casi como si contara un secreto sucio. "Y tú... estabas desnudo... así que..."

Cerró los ojos, como si eso la hiciera desaparecer. "Como que... babeé sobre ti."

Vergil frunció el ceño. "Babeaste... ¿dónde exactamente?"

Zex dudó por largos segundos, luego lentamente levantó la mirada, mirándolo como si estuviera a punto de ser juzgada.

"Estabas acostado... y yo como que me giré de lado, y mi cabeza... bueno, estaba debajo de mi cintura, y.... mi boca estaba abierta... así que... babeé un poco... justo ahí."





Señaló vagamente su ingle, pero miró hacia otro lado inmediatamente después, avergonzada hasta la médula.

Vergil parpadeó unas cuantas veces, completamente aturdido.

"... ¿Me estás diciendo que babeaste sobre mi polla mientras dormías?"

Zex emitió un sonido de pura desesperación y vergüenza, sus manos cubrían su rostro con tanta fuerza que parecía querer desaparecer en ellas.

"¡No fue intencional! ¡Lo juro!"

Por unos segundos, la habitación quedó en completo silencio. Ni siquiera la brisa matutina se atrevió a interrumpir ese momento. Entonces, Vergil se pasó lentamente la mano por la cara y soltó una risa baja, ronca, casi incrédula.



"Bueno... no fue tan raro como pensaba", dijo entre risas ahogadas. "Juro que mi primera teoría fue que te despertaste en mitad de la noche y.... no sé, me la chupaste sin que me diera cuenta".

Se encogió de hombros con una sonrisa indiferente.

—Pero si solo fue eso, pues bien. Perdón por forzar la situación, Zex.

Sonrió suavemente y comenzó a levantarse de la cama... pero se congeló en el lugar cuando notó algo extraño.

Zex no respondió. Seguía roja como un tomate, pero ahora... tenía los ojos muy abiertos. Se mordía el labio de nuevo y parecía atrapada.

Vergil frunció el ceño e inclinó la cabeza ligeramente confundido.

"... ¿Zex?"

Ella dudó, respiró profundamente y murmuró con una voz baja, temblorosa y absolutamente reprensible:

"Me desperté."

Vergil permaneció en silencio, su mirada aún confusa.

"¿Qué hiciste?"

Cerró los ojos con fuerza, como si confesar que era una sentencia de muerte.

"Ya me desperté... con él en la boca", dijo, en una retahíla de voces. "Por eso se me hizo agua la boca... Yo... yo... empecé mientras aún dormía..."

La frase quedó suspendida en el aire y el silencio que siguió fue aún más intenso que el anterior.

Vergil la miró fijamente durante unos segundos. Sin palabras. Su rostro pasó de la confusión a la sorpresa, de la sorpresa a.... una peligrosa mezcla de conmoción y excitación apenas disimulada.

"...Te despertaste chupándome la polla."





Zex emitió un ruido ahogado, volviendo a ocultar su rostro con las manos, con los hombros encorvados como si intentara encogerse hasta convertirse en polvo.

Vergil volvió a sentarse en el borde de la cama, sin apartar la vista de ella. Había algo en sus ojos ahora. Un brillo diferente. Curioso. Cálido.

—¿Y por qué... seguiste? —preguntó con voz más baja y ronca—. Podrías haber parado.

Zex no respondió de inmediato. Simplemente respiró hondo y levantó la vista lentamente. Todavía sonrojado, todavía nervioso... pero ahora, había honestidad en él.

"Porque... quise", dijo en voz baja. "Aunque fuera solo por ese momento. Aunque no lo recordaras."



Vergil la observaba con expresión más seria. Sin juzgarla, sin ironía. Solo... escuchando.

Se acercó un poco más.

"¿Lo hiciste?" repitió.

Zex asintió, casi imperceptiblemente. "Sí."

Vergil respiró hondo y se pasó la mano lentamente por el pelo. Luego extendió la mano y le tocó suavemente la barbilla con los dedos.



—Entonces, ¿por qué te da tanta vergüenza? —preguntó con calma—. ¿Crees que me molestaría?

Zex se congeló.

No como alguien que se congela de frío o de miedo. Sino como un reloj viejo, cuando un engranaje se sale de su sitio y el tiempo simplemente... se detiene.

Su cerebro intentó procesar lo que acababa de decir, pero falló. Una, dos, tres veces.

"¿Q-qué quieres decir?" tartamudeó, confundida, con los ojos muy abiertos.

Vergil simplemente arqueó una ceja mientras se levantaba tranquilamente de la cama, su desnudez envuelta en la naturalidad de alguien que ya no tenía modestia común.



"Oh, claro... eres humano", comentó como si notara un detalle curioso. "Creo que mi moral desapareció hace tiempo. Ya no me importan estas convenciones".

Su mirada recorrió su cuerpo y notó que el sostén de Zex se le había resbalado de los hombros y ahora estaba a su lado. Estaba completamente expuesta, pero ni siquiera parecía notarlo. Vergil, en cambio, parecía estar al tanto de cada detalle.

"Además", continuó, volviendo la mirada hacia ella, "cuando dije que serían mis doncellas... ¿no se dieron cuenta de lo que quise decir con mis doncellas?"

Enfatizó la palabra firmemente.



Zex abrió la boca para replicar, pero se contuvo. En su mente, el recuerdo de Viviane, la jefa de las criadas, en la cama con él, afloró. Y ella era simplemente la líder del grupo. Una empleada, igual que ella.

"Oh..." susurró Zex, bajando la mirada lentamente, como si las piezas recién ahora estuvieran encajando en su lugar.

Antes de que pudiera hundirse de nuevo en la vergüenza, sintió una mano cálida deslizándose por su cabello corto y desordenado.

Virgilio estaba allí, justo frente a ella, acariciándola con suavidad, pero con autoridad.

—La próxima vez... pregúntame. —Su voz era firme pero suave—. Yo me encargaré de ti. ¿De acuerdo?

Se inclinó y le dio un beso en la frente. Ese gesto pequeño pero inesperadamente íntimo la hizo estremecer por completo.

—Si quieres esto —susurró contra su piel—, significa que te gusta estar aquí. Y para mí, eso es suficiente.

Luego se giró y abrió la puerta.

Y al instante, Iridia se abalanzó sobre él, con un pequeño grito de sorpresa y el pelo revuelto. Era evidente que había estado escuchando desde afuera.

La caída fue caótica: las piernas entrelazadas, los pechos presionados contra el pecho y un sonido amortiguado de choque cuando ambos tocaron el suelo.



Virgilio la sostuvo con una mano y rio suavemente.

"Espiar a tu amo es feo, ¿lo sabías?"

Iridia, todavía encima de él, parpadeó dos veces, antes de inflar el pecho con una sonrisa traviesa.

"Si no husmeara... inunca descubriría que puedo pedir cosas sin más!", replicó ella, con ese brillo burlón en los ojos.

Virgilio arqueó una ceja.

"¿De verdad? Entonces... ¿quieres pedir algo?"

Ella asintió vigorosamente. Sus pechos se acercaron peligrosamente a su rostro mientras yacía sobre él, sin intención de salir de esa incómoda posición.

—¿Y qué quieres? —preguntó con un tono más serio, más insinuante.

Iridia sonrió y sus ojos brillaron hambrientos.

"Un beso."

Y antes de que él pudiera decir nada, ella se abalanzó sobre sus labios con una audacia salvaje. El beso fue ardiente, voraz, sin contemplaciones. Como si quisiera marcar el momento, dejar claro que ella también estaba allí... y que también quería más.





JabraScan
RexScan



Traducción : Leo

Zex, todavía de pie en el dormitorio, observaba la escena con la cara en llamas y el corazón acelerado.

